

El estudio histórico de los hechos sociales: características y tendencias principales

ISABEL PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR *

UN DOMINIO HISTORIOGRÁFICO AMPLIO Y PLURAL

A diferencia de lo que ha ocurrido en otros sectores especializados y crecientemente autónomos del conocimiento histórico, el de la investigación social ha mostrado una trayectoria en la que se han compaginado su carácter omnicomprendivo, su capacidad para impregnar y orientar las más variadas búsquedas en el campo general de la historia, y, paralelamente, la dificultad para delimitar con precisión su propio marco. Se ha referido a ello Yves Lequin, al advertir la progresiva ambigüedad que, al tiempo que se amplían sus pretensiones y se consolidan sus logros, parece caracterizar a la historia social. Lejos de haber experimentado un desarrollo similar al de otros ámbitos historiográficos, como el de la historia económica o el de la demografía histórica, «cada vez más seguros de sus objetos y de sus métodos», la historia social no ha logrado afirmar de modo enteresadamente satisfactorio «su identidad», no ha conseguido disipar la «perplejidad» que cabe sentir ante el panorama real trazado por su desenvolvimiento: «el extraño complejo de fuerzas y de debilidades —escribe Lequin— de una investigación a la vez prolífica e imprecisa, fragmentada y descosa de globalidad»¹.

Esa situación no es ajena, como ha indicado Santos Juliá, a la conformación misma de la historia social y al diálogo con la sociología que tal

* Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

1. LEQUIN, Y.: «Histoire sociale», en Burguière, A. (Dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, pp. 635-636.

conformación lleva consigo. Porque la caracterización de la apertura del conocimiento histórico al terreno de la sociología difiere de lo sucedido, por ejemplo, en los casos de la demografía o de la economía. La historia social es el punto de mayor convergencia entre lo histórico y lo sociológico, al igual que ocurre con la historia económica respecto a lo histórico y lo económico, pero en el primer caso no se produce, como sucede en el segundo, el encuentro con un cuerpo bien definido de propuestas teóricas y de directrices metodológicas específicas. «Al enfrentarse a su objeto —precisa Juliá—, la sociología no es una ciencia en posesión de una teoría y un método, ni siquiera de un vocabulario o unos conceptos: conceptos, métodos y teoría no son idénticos en la sociología weberiana o en la durkheimiana, en la parsoniana o en la marxista».

De ahí las muy variadas actitudes que el historiador puede adoptar al aproximarse para adentrarse en el conocimiento de los hechos sociales, desde las que optan por «el eclecticismo pragmático» hasta aquellas otras que prefieren ubicarse dentro de «una tradición teórica refleja e investigan desde sus supuestos y sus métodos»². Lo cual no hace sino añadir complejidad y diversidad al dominio de la historia social, provocando un doble efecto: de un lado, se ensanchan sus posibilidades y se da entrada a una pluralidad de perspectivas que puede resultar fecunda, y, de otro, se incrementa la dificultad de delimitar con exactitud, en términos teóricos, conceptuales y metodológicos, su propia esfera. A la complejidad y a la diversidad directamente derivadas del carácter múltiple de los enfoques sociológicos susceptibles de ser incorporados al razonamiento histórico, se añaden además las que proceden de la gran amplitud que cabe atribuir al dominio de lo social. En el límite, la vaguedad misma del término «social» puede permitir aplicarlo, como quería Lucien Febvre, a todo el conocimiento histórico, buscando así, mediante la afirmación de su índole «absolutamente social», la «unidad» de la historia³.

La práctica de la historia social ha confirmado el amplísimo horizonte de sus intereses: no sólo ha tendido con frecuencia a erigirse en la clave distintiva de un renovado conocimiento histórico voluntariamente distanciado de la predilección por lo político y por lo individual, dejando sentir de este modo su presencia en el conjunto de los planteamientos historiográficos, sino que también, más concretamente, ha ido adentrándose de forma progresiva en el estudio pormenorizado de determinados componentes de lo social. Se han ido gestando así, en el ámbito de la historia social, varias direcciones investigadoras que han llegado a cobrar, en muchas ocasiones, personalidad propia, definiendo ramas historiográficas

2. JULIÁ, S.: *Historia social/Sociología histórica*. Madrid, 1989, pp. 26-27.

3. FEBVRE, L.: «Vivir la historia. Palabras de iniciación», en Febvre, L., *Combates por la historia*, Barcelona, 1970, pp. 39-40.

cuyo avance, cada vez más especializado, propende a desprenderse de aquel marco genérico inicial y a construir vías autónomas.

Tales son los casos, por ejemplo, de la demografía histórica, de la historia rural y la historia urbana, de la historia electoral, de la historia de las mentalidades, o de la historia cultural y la historia intelectual. Se trata de campos con grados de definición variables, con frecuentes relaciones entre sí y comprendiendo a menudo direcciones investigadoras que, a su vez, muestran una cierta diversidad, vinculados todos ellos a la historia social y expresivos del muy vasto territorio en el que ésta se desenvuelve. El estudio histórico de los procesos sociales ha recorrido, pues, caminos múltiples, y ello responde a la doble pluralidad manifestada por los enfoques aplicables al conocimiento de lo social y por la caracterización misma de los hechos considerados. Lo dicho por Jacques Revel a propósito de la historia de las mentalidades puede aplicarse al conjunto de la historia social: «de su estatuto “ambiguo”, de su plasticidad metodológica, hace surgir indefinidas capacidades de adaptación, su atractivo y su fecundidad»⁴.

Dentro de ese abigarrado panorama, es posible, sin embargo, seleccionar los episodios sustantivos, los momentos historiográficamente más destacados, del denso discurrir de la historia social, es decir, del conocimiento histórico que sitúa conscientemente en el centro de su atención la dimensión social —susceptible de variados entendimientos— de los hechos estudiados. Dejando de lado los antecedentes más remotos, fue la investigación llevada a cabo durante la primera mitad de nuestro siglo la que comenzó a otorgar a la historia social, como han advertido Roger Chartier y Daniel Roche, «una fuerza particular, dándole una amplia autonomía en el estudio del hombre, o mejor, de los hombres captados en su posición y en sus relaciones en el seno de la sociedad»⁵.

Tal actitud es la que ponen en práctica, desde el principio, los historiadores relacionados con la escuela de los *Annales*, que ha aportado, sin duda, uno de los impulsos fundamentales y más logrados en favor de la historia social. Y a ella se añaden otras tendencias historiográficas, de diversa entidad, entre las que cabe destacar, por el interés de sus puntos de vista y por el alcance de sus resultados, la procedente del panorama marxista británico, que ha sido capaz de vertebrar un vivo enfoque de la historia social críticamente apoyada en el marxismo. Estas dos orientaciones principales —sin ser exclusivas— permiten entender los rasgos más sobresalientes de la historia social que se lleva a cabo a lo largo del presente siglo: la historia social relacionada con la escuela de los *Annales* y la elabo-

4. REVEL, J.: «Mentalités», en Burguière, A. (Dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*, op. cit., p. 456.

5. CHARTIER, R., y ROCHE, D.: «Historia social», en Le Goff, J., Chartier, R., Revel, J. (Dir.), *La nueva historia*, Bilbao, 1988, p. 577.

rada por los historiadores marxistas británicos, inscritas ambas en sólidas y distintas tradiciones historiográficas, expresan de forma bastante clara, aun sin agotar el horizonte al que pertenecen, los principales rumbos seguidos por el conocimiento histórico moderno de los hechos y procesos sociales.

HISTORIA SOCIAL. HISTORIA TOTAL

En lo que se refiere a la esfera francesa de los *Annales*, conviene recordar, en primer lugar, su inclinación a considerar la historia social, en sentido amplio, como la culminación del conocimiento histórico, como la meta que simboliza y concreta su irrenunciable aspiración a elaborar una «nueva» historia «total», voluntariamente integradora. «Para Marc Bloch y la primera generación de los *Annales* —escriben Chartier y Roche—, la historia social es ante todo una atención aplicada a las interacciones entre los distintos niveles de la realidad histórica: el económico, el social, el cultural. No puede, pues, definirse como una sección al lado de otras, sino como la toma en consideración de la totalidad de los hechos que estructuran una sociedad»⁶.

El conocimiento histórico aspira a una comprensión conjunta, global, de los hechos y factores de variado tipo que intervienen en el dinamismo de la sociedad, y por ello la historia es, por definición, social. Si, en las coordenadas de los *Annales*, cualquier sector histórico especializado —por ejemplo, el de la historia económica— mantiene sus relaciones con los demás y no pierde de vista su inserción en el marco de una historia finalmente global, en el caso de la historia social tal proceder se agudiza por la cualidad que se le atribuye de representar ejemplarmente, en sí misma, ese conocimiento histórico integrador. Todo converge, de un modo u otro, en la sociedad, y en ésta quedan estrechamente relacionados y expresados sintéticamente los hechos y factores históricos de cada momento, de forma que su estudio es el que mejor puede satisfacer las exigencias de una historia no fragmentada, de una historia que quiere ser global.

Hablar de historia social equivale, para los fundadores de la escuela de los *Annales*, a hablar de historia, de una historia que tiene en cuenta lo económico —y también lo político e institucional— y lo inserta en esa «visión de conjunto», compleja y cambiante, del «ser social» a la que se refiere Pierre Chaunu⁷. Esa es la perspectiva que fundamenta el quehacer historiográfico de la escuela de los *Annales*, cualquiera que sea la fórmula con-

6. *Ibidem*, p. 578.

7. CHAUNU, P.: *Historia, ciencia social. La duración, el espacio y el hombre en la época moderna*, Madrid, 1985, p. 13.

creta elegida para designar el empeño: historia económica y social, historia social, o historia de las economías, las sociedades y las civilizaciones.

Así, es muy coherente el predominio de lo social que se ha mantenido en las investigaciones históricas vinculadas a los *Annales*: «Todas las monografías que pueden ser citadas respecto de la historia económica o la demografía histórica —escribe Hervé Coutau-Bégarie— conectan finalmente con la historia social, símbolo de la búsqueda de la totalidad»⁸. La corriente francesa de los *Annales* es, según Labrousse, «la más profundamente social de todas las escuelas históricas del mundo», y sus fundadores no dudaron nunca en considerar «la historia social, es decir, la historia de los grupos sociales y sus relaciones, como un sector central de la historia»⁹.

Esa persistente y preferente atención prestada a la historia social ha permitido, al tiempo que se desarrollaban sus estudios, sumar concepciones y enfoques variados, ensayar vías temáticas diversas, y, en conjunto, dilatar y diversificar su ámbito de actuación, contribuyendo con todo ello a abrir algunos de los caminos más sugerentes, fructíferos y emblemáticos de la «nueva» historia francesa. No hay que olvidar que, como indica Georg G. Iggers, «desde el mismo comienzo, los *Annales* constituyeron un foro internacional para las nuevas tendencias de la historia social»¹⁰.

Es alrededor de los años treinta, coincidiendo con la fundación de la revista *Annales*, cuando comienza a definirse expresamente en esa esfera intelectual la trayectoria de la historia social. Teniendo en cuenta, entre otras cosas, las aportaciones y los puntos de vista de la escuela sociológica francesa, encabezada por Emile Durkheim, las ideas y los trabajos de Marc Bloch y de Georges Lefebvre suponen una primera llamada de atención sobre la necesidad de situar los grupos sociales, con sus imbricaciones, sus relaciones de dependencia o de oposición, en el centro de las investigaciones históricas. Poco después será Ernest Labrousse quien refuerce esa línea, proponiendo un planteamiento original —y muy influyente en el futuro— que consiste en encontrar el fundamento de la historia social en la historia económica: mediante el estudio de los momentos de crisis cabe relacionar la coyuntura de los precios con los movimientos, más duraderos, de las rentas, cuya tipología coincide finalmente con la de los grupos sociales. Se trata, como resume Lequin, de «un método que no solamente permite escapar del nominalismo para trazar las jerarquías exactas y los efectos de dominación, sino sobre todo aclarar, más allá de los repartos

8. COUTAU-BÉGARIE, H.: *Le phénomène nouvelle histoire. Grandeur et décadence de l'école des Annales*, Paris, 2.ª ed. completamente refundida, 1989, p. 148.

9. LABROUSSE, E.: «Introduction», en *L'histoire sociale. Sources et méthodes*. Colloque de l'École Normale Supérieure de Saint-Cloud (15-16 mai 1965), Paris, 1967, p. 2.

10. IGGERS, G. G.: *New Directions in European Historiography*, Mideletown (Conn.), 2.ª ed. revisada, 1984, p. 56.

perennes de la riqueza y del poder, los movimientos de convección que provocan continuamente nuevas clasificaciones de los individuos y de las colectividades en el seno de una formación social»¹¹.

El razonamiento propuesto por Labrousse para acceder al conocimiento de la sociedad, de la caracterización interna de los grupos sociales, responde con fidelidad a su propio entendimiento histórico: «El hecho económico —advierte en 1948— representa para mí el hecho capital, pero no, ni mucho menos, el hecho único. No comulgo ni con una historia materialista ni con una historia idealista. Me inclino por una historia positiva: la que intenta abarcar todos los problemas, estudiarlos tan a fondo como sea posible, sin menospreciar lo superficial ni lo hondo. La historia que plantea, a la vez, los problemas de estructura y de superestructura, la que va de las economías a las ideologías»¹².

La postura de Labrousse es un acabado exponente de la preocupación, compartida por los más significados miembros de la escuela de los *Annales*, por encontrar los nexos existentes entre el dominio de lo económico y el de lo social. Y aún más: de la convicción, mencionada por Pierre Léon, de que «la Historia Económica se realiza en y por lo Social, que constituye a la vez su broche final y su justificación»¹³. Porque, en palabras de Henri-Irénée Marrou, «la historia económica, a medida que se profundiza, se convierte de forma natural en historia social», ya que es muy difícil «separar ambos dominios con ramificaciones entrelazadas»¹⁴. Tal enfoque, en el que algunos han percibido ecos del pensamiento marxista, resultó muy estimulante para el desarrollo posterior de la historia social francesa, marcando con su sello inconfundible las principales investigaciones de la escuela.

En dos direcciones fundamentales, a veces entrelazadas en una misma obra, se mueven los estudios presididos por la óptica social: por una parte, las monografías regionales, caracterizadas por la investigación conjunta de determinadas sociedades delimitadas en términos cronológicos y espaciales, y, por otra, la orientación, más temática, dedicada al análisis de la estratificación y de los grupos sociales. Las primeras, las monografías regionales, en las que prima la pretensión de interpretar de forma unitaria, sintética, el conjunto social, responden a un planteamiento en el que se

11. LEQUIN, Y.: «Histoire sociale», *op. cit.*, p. 636.

12. LABROUSSE, E.: «1948; 1830; 1789: tres fechas en la historia de la Francia moderna», en Labrousse, E., *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, 1962, p. 478.

13. LEÓN, P.: «Histoire économique et Histoire sociale en France. Problèmes et perspectives», en *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel. II. Méthodologie de l'Histoire et des sciences humaines*, Toulouse, 1973, p. 304.

14. MARROU, H.-I.: «Qu'est-ce que l'histoire?», en Samaran, C. (Dir.), *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961, p. 31.

aprecia fácilmente la huella de la geografía regional auspiciada en Francia por Vidal de la Blache, y entre sus logros se cuentan algunas de las obras más sobresalientes —y más ilustrativas— de la perspectiva integradora adoptada por los historiadores de los *Annales*. Recuérdense, a título de ejemplo, aportaciones como la de Georges Duby sobre *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise* (1953), la de Pierre Goubert acerca de *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730. Contribution à l'histoire sociale de la France au XVIIe siècle* (1960), la de Emmanuel Le Roy Ladurie dedicada a *Les paysans de Languedoc* (1966), o la de Pierre Deyon, titulada *Amiens, capitale provinciale. Etude sur la société urbaine au XVIIe siècle* (1967).

La investigación histórica de índole social proyectada en las monografías regionales deja ver, en conjunto, algunos rasgos comunes. Se muestra más inclinada hacia la historia rural, donde la investigación ha sido muy densa y rica, que hacia la historia urbana, iniciada tardíamente y objeto luego de un desarrollo que no ha logrado equipararse al de la primera. Manifiesta, en los primeros tiempos, una sensible preferencia por la historia medieval, con resultados a menudo excelentes, que se corrige después con la plena inclusión en sus coordenadas de la historia moderna, donde la investigación ha ofrecido frutos también apreciables, y, en menor medida, con la atención presentada más ocasionalmente a la historia contemporánea. Por último, las monografías regionales presentan asimismo, junto a la aceptación compartida de los principios esenciales que justifican su razón de ser, una cierta diversidad en los modos concretos de las respectivas investigaciones.

No se trata de un modelo cerrado y definitivo, sino más bien de un encuadre abierto y flexible en el que, sin renunciar a las directrices y a las intenciones que lo caracterizan, tienen cabida sesgos conceptuales y metodológicos variados. Prueba de ello es, por citar un caso bastante elocuente, la convergencia que se produce, en determinados autores, de la tradición que parte de los fundadores de los *Annales* y de las líneas conceptuales y las sugerencias metodológicas, expresamente asumidas, de los puntos de vista marxistas. Es lo que ocurre en los planteamientos de Pierre Vilar, ejemplarmente desarrollados en *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales* (1962), donde el autor, sin renunciar a las claves de la escuela de los *Annales*, procura asimismo aplicar tales puntos de vista, buscando, entre otras cosas, como indica François Dosse, «la mejora del sistema conceptual marxista»¹⁵.

Las reflexiones expuestas por Pierre Vilar, tanto en *La Catalogne* como en los diversos ensayos teóricos que ha dedicado al asunto, resultan parti-

15. DOSSE, F.: *L'histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»*, París, 1987, p. 224.

cularmente representativas de las posturas que tienden, en el seno mismo de esta escuela francesa, a facilitar el acercamiento entre la perspectiva histórica de los *Annales* y el pensamiento marxista, dos horizontes que presentan algunos puntos de contacto —la aspiración a una historia «total» es uno de ellos— y también algunas diferencias y aun oposiciones sustanciales —el entendimiento efectivo del proceso histórico y del papel desempeñado por el hombre en el mismo es, como se desprende de lo dicho por Philippe Ariès, una de ellas¹⁶— que no parecen fáciles de resolver de forma enteramente satisfactoria.

La otra dirección de la historia social vinculada a la escuela de los *Annales* se ha dirigido preferentemente, como se indicó, hacia el estudio de la estratificación y de los grupos sociales. Las investigaciones de Marc Bloch y de Ernest Labrousse abrieron los caminos de esa orientación, también de gran alcance, que ha hecho sentir sus efectos, a veces en las propias monografías regionales —la de Georges Duby es un buen ejemplo de ello—, en los campos de la historia medieval, moderna y contemporánea, en los ámbitos de la historia rural y de la historia urbana. Al tiempo que se estudian, siguiendo sobre todo las sugerencias de Bloch, los grupos de las sociedades medievales y sus relaciones —nobles y caballeros, campesinos y señores—, se plantea, de la mano de Labrousse, una ambiciosa línea de investigación centrada en el análisis de la burguesía, cuyas directrices programáticas quedan expuestas en su escrito, de 1955, sobre las «Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIIIe et XIXe siècles (1700-1850)». En esas vías se inscribe, por ejemplo, la tesis de Adeline Daumard sobre *La bourgeoisie parisienne de 1815 à 1848* (1963).

Los planteamientos de Labrousse y sus seguidores referentes al estudio de la burguesía tienen un doble interés: en primer lugar, por lo que aportan para el mejor conocimiento de la génesis, la importancia numérica, la organización interna y los comportamientos de esa clase social, y, en segundo término, por la polémica que suscitaron sus claves teóricas y conceptuales y sus propuestas interpretativas. De acuerdo con el entendimiento labroussiano de las relaciones entre lo económico y lo social, tales planteamientos se apoyan principalmente en el análisis de las profesiones y en la utilización de categorías de signo socioprofesional, conectadas en cada momento con los tipos y cuantías de las fortunas, para establecer la clasificación de la burguesía. Ello requiere, entre otras cosas, el análisis sistemático de numerosas y variadas fuentes documentales y estadísticas: informaciones demográficas, archivos fiscales y notariales, registros del estado civil, listas electorales, contratos matrimoniales o disposiciones e inventarios incluidos en los testamentos.

16. Véase ARIÈS, P.: «L'histoire marxiste et l'histoire conservatrice», en Ariès, P., *Le temps de l'histoire*, Paris, 1986, pp. 50-56.

Con ese procedimiento se llegó, por ejemplo, a delimitar trece categorías en la burguesía parisina de finales del Antiguo Régimen, mediante distinciones socioprofesionales que no omiten la consideración de los estatutos jurídicos y de los puestos concretos ocupados en la producción, pudiéndose además jerarquizar esas categorías, medir su grado de homogeneidad o de diversidad, y valorar sus relaciones y sus respectivas movi- lidades. Lo que permitía ofrecer una imagen más ajustada de la complejidad y de la variedad efectivas de las burguesías del Antiguo Régimen, desdiciendo las «cómodas igualdades» —como la que afirma la equivalencia comerciante-burgués-capitalista— que rechazó Braudel¹⁷. «Así —en palabras de Chartier y Roche— surgía una historia social cuantitativa y estadística, que definía las estructuras sociales en términos de estatuto socioprofesional y de jerarquía de las fortunas»¹⁸.

Pero no todos comulgaron con semejantes orientaciones de la investigación en historia social. La polémica se originó por la doble crítica que, dentro y fuera del marco de los *Annales*, se dirigió hacia las propuestas labroussianas. De un lado, dentro de la corriente «annaliste», la perspectiva adoptada por Pierre Vilar estimó demasiado imprecisas y algo equívocas las categorías socioprofesionales auspiciadas por Labrousse y, a cambio, se mostró partidaria, frente al criterio empírico —observación directa de la situación existente en cada lugar y en cada momento— preconizado por aquél, de emplear una definición teórica previa menos laxa —más acorde con los términos clásicos del pensamiento marxista— de la burguesía, reduciendo exclusivamente, por tanto, sus efectivos a quienes eran propietarios de los medios de producción, contrataban libremente mano de obra asalariada y se beneficiaban de forma directa del mecanismo de la plusvalía. En consecuencia, no era posible considerar burgueses, como lo hacía el esquema labroussiano, a grupos o estratos como los de los oficiales, los empleados, los rentistas o los profesionales liberales.

Tal postura tiende a precisar la noción misma de burguesía, haciéndola más unívoca y generalizable, pero tiene el inconveniente, advertido por el propio Labrousse, de anteponer una definición que puede coartar la comprensión de la verdadera heterogeneidad de quienes, en determinadas circunstancias históricas, y sin responder fielmente a la exacta caracterización marxista, se encontraban, de hecho, activamente vinculados a esa clase social. De ahí que algunos historiadores marxistas, como Régine Robin, hayan llegado a reconocer la insuficiencia de la noción restrictiva defendida por Vilar, y a recomendar, para no simplificar el carácter complejo y diverso que entrañan los grupos sociales y sus relaciones, la distinción, en

17. Véase PLESSIS, A.: «Bourgeoisie», en Burguière, A. (Dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*, op. cit., p. 96.

18. CHATIER, R., y ROCHE, D.: «Historia social», op. cit., p. 580.

el Antiguo Régimen, entre una burguesía en el sentido clásico del término suscrito por el pensamiento marxista, y otra modalidad de burguesía que engloba a los que viven de la renta en cualquiera de sus variantes. Es ésta una ampliación sin duda pertinente —e indicativa de la conveniencia de revisar, en el terreno de la historia social, sus presupuestos iniciales— de la óptica marxista, que procura así afinar su capacidad para aproximarse al entendimiento histórico de una burguesía capaz de mostrarse, como dejan ver las vías de investigación de corte labrousiano, más plural y dinámica de lo que la caracterización sostenida por Vilar permite suponer.

También fue criticada la orientación de Labrousse, en segundo lugar, por autores ajenos a la escuela de los *Annales*. Roland Mousnier y sus seguidores, partiendo de un enfoque más político e institucional, estimaron que tal orientación, apoyada en la idea de que la organización real de la sociedad responde a criterios fundamentalmente económicos, dejaba de lado otros factores importantes de articulación social, y resultaba, por ello, inadecuada para conocer las situaciones características del Antiguo Régimen. No es en la posición profesional y en las condiciones de fortuna donde, según Mousnier, deben buscarse las claves para delimitar los grupos de la sociedad del Antiguo Régimen, sino en aspectos como la dignidad, el honor o la estima social colectiva. Hacer lo primero, como propone Labrousse, es transferir indebidamente una visión de «clases», económicamente concebidas, a una sociedad de «órdenes», que se basa en criterios distintos de diferenciación de los grupos sociales.

La polémica, en este caso, afecta a la concepción misma de la estratificación social: mientras que para Labrousse y sus continuadores la estratificación efectiva de la sociedad viene siempre dada por las clases —aristocracia o burguesía, por ejemplo—, por grupos cuya constitución se debe sobre todo a razones de signo económico, no siendo por tanto los órdenes —clero, nobleza o tercer Estado— más que la apariencia formalmente jurídica e ideológica de las cosas, para Mousnier y sus discípulos, al contrario, «la estratificación en clases no es —como resume Coutau-Bégarie— más que una modalidad entre otras de organización social», fundamentada en criterios económicos, con la que no puede confundirse la estratificación distinta que caracteriza a la «sociedad de órdenes, fundada en la estima y el honor». De ahí que se niegue el valor universal del concepto de clase, ya que «corresponde únicamente —precisa Mousnier, en palabras citadas por Coutau-Bégarie— a ciertos tipos de jerarquía social que han podido extenderse y permanecer, pero que no por ello dejan de ser, en el conjunto de los tipos de jerarquía social, locales y transitorios»¹⁹.

Labrousse y Mousnier ofrecen así dos visiones diferentes de la organización de la sociedad y, en particular, de la sociedad del Antiguo Régimen.

19. COUTAU-BÉGARIE, H.: *Le phénomène nouvelle histoire*, op. cit., p. 226.

La crítica de Mousnier no carecía de fundamento y contribuyó a enriquecer el panorama de la historia social: puso en evidencia las limitaciones de la concepción predominantemente económica de clase manejada por Labrousse y otros autores de su entorno, e hizo ver la conveniencia de matizarla, incluso en las sociedades contemporáneas, mediante la consideración de factores de otro tipo. Con todo ello se puso de manifiesto la complejidad real de la organización social, que requiere a menudo tener en cuenta la posibilidad de que se produzcan interferencias más o menos sutiles entre jerarquías diferentes, entre distintos criterios de estratificación actuantes, al tiempo, en una misma sociedad. Las clases pueden dejarse sentir en la sociedad de órdenes, y lo mismo ocurre con éstos en la sociedad de clases. Lo afirmado por Adeline Daumard, seguidora de Labrousse, sobre la burguesía francesa del siglo XIX parece concluyente: «Incluso si se habla de sociedad de clases en sentido amplio, como hacen los contemporáneos, resulta insuficiente emplear esa fórmula para caracterizar la sociedad burguesa. La jerarquía burguesa no era una simple superposición; se complicaba en el propio seno de los medios burgueses por la existencia de jerarquías paralelas, de subdivisiones que se producían en todos los escalones»²⁰.

Y, junto a la investigación sobre la burguesía, otros estudios completan el panorama de la dedicación de la escuela de los *Annales* al análisis de la estratificación y de los grupos en las sociedades modernas y contemporáneas. A la influencia de Labrousse se añade la de Georges Lefebvre —quien no duda en asegurar que «el estudio de la estructura social se inscribe en el primer plano de nuestras preocupaciones», y que «es importante enumerar los miembros de las diferentes clases sociales y de las diversas profesiones, adquirir sobre cada uno de ellos una noción, tan precisa como sea posible, de sus rentas y de sus propiedades»²¹— para dar paso a la consideración de sectores sociales como el de los campesinos o el de los *sans-culottes*, a los que dedica su tesis Albert Soboul, en 1958, con el título de *Les sansculottes parisiens en l'an II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire*.

Desde los años sesenta se produce asimismo un interés creciente por la investigación de los grupos y movimientos obreros, y a ello se suman asimismo las perspectivas, en general fructíferas y cada vez más variadas, ofrecidas por quienes estudian sectores concretos de las denominadas clases medias —médicos, pequeños comerciantes o educadores, por ejem-

20. DDAUMARD, A.: «Les fondements de la société bourgeoise en France au XIXe siècle», en *Ordres et classes*. Colloque d'Histoire Sociale de Saint-Cloud, 24-25 mai 1967. Paris-La Haya, 1974, p. 220.

21. LEFEBVRE, G.: «Sur les structures sociales aux XVIIIe et XIXe siècles», en Lefebvre, G., *Réflexions sur l'histoire*, Paris, 1978, pp. 169-170.

plo— o intentan, desde no hace mucho, adentrarse en el nuevo territorio de la historia de las mujeres, o por «los historiadores de la marginalidad», que han procurado, según Jean-Claude Schmitt, subsanar ciertas «lagunas» de la historiografía social precedente a través de la investigación sistemática de los grupos «olvidados de la historia: simples vagabundos, criminales oscuros, brujos de aldea o prostitutas»²².

EL SIGNIFICADO DEL ESTUDIO DE LAS MENTALIDADES

Existe, dentro del campo de influencia de los *Annales*, una modalidad de historia social que, por el interés de sus enfoques y por la amplitud de su desarrollo y de su proyección, merece ser comentada por separado: la historia de las mentalidades. Esta óptica desarrolla con toda coherencia las intenciones de la «nueva historia social» fomentada por la escuela, deseosa desde sus comienzos de emprender, en palabras de Labrousse, «el estudio de las relaciones entre lo económico, lo social y lo mental»²³.

La investigación de las mentalidades responde ante todo, como ha advertido Georges Duby, a la preocupación, incipientemente manifestada desde el siglo XVIII, por tener en cuenta «la actitud psicológica de los hombres», por penetrar en la «historia del espíritu humano»²⁴. El conocimiento histórico no puede permanecer al margen del universo psicológico: «Los fenómenos de la psicología individual —escribe, siguiendo a Charles Morazé, Antonio Jutglar— deben quedar reflejados en el marco de la historia social», de una historia social que no puede renunciar a valorar «las manifestaciones históricas de tipo ideológico, subjetivo y espiritual»²⁵. Porque, según precisa Duby, para entender la organización de las sociedades humanas y para distinguir las fuerzas que las hacen evolucionar, no basta con la consideración de los aspectos materiales: es además imprescindible «prestar la misma atención a los fenómenos mentales, cuya intervención es, sin duda, tan determinante como la de los fenómenos económicos y demográficos». De ahí que sin el estudio de las «actitudes mentales», que afectan al tiempo a los ámbitos de la larga y la corta duración, difícilmente «se sabría escribir la historia de las sociedades»²⁶.

La escuela de los *Annales* encontró pronto en la investigación de las

22. SCHMITT, J.-C.: «La historia de los marginados», en Le Goff, J., Chartier, R., Revel, J. (Dirs.). *La nueva historia*, op. cit., p. 422.

23. LABROUSSE, E.: «Introduction», op. cit., p. 4.

24. DUBY, G.: «Histoire des mentalités», en Samaran, C. (Dir.), *L'histoire et ses méthodes*, op. cit., p. 939.

25. JUTGLAR, A.: «En torno a la problemática actual de la teoría histórica», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 219, 1968, pp. 507 y 509.

26. DUBY, G.: «Histoire sociale et idéologies des sociétés», en Le Goff, J., Nora, P. (Dirs.), *Faire de l'histoire*. I. *Nouveaux problèmes*, París, 1974, pp. 147-149.

mentalidades una forma de afianzar la búsqueda de la anhelada historia «total», una manera de reforzar, mediante la introducción del componente mental, la comprensión integradora de la realidad histórica —una realidad eminentemente social— que constituía la médula de sus intenciones. El estudio de las mentalidades completaba así el panorama de una visión global que, como quería Labrousse, debía abarcar, relacionándolos, los tres «niveles» —económico, social y mental— de la realidad histórica.

En esa temprana apertura al universo de lo mental intervienen varias circunstancias. Una de ellas es la doble influencia ejercida, en este sentido, por las elaboraciones de la escuela sociológica de Durkheim, que había incorporado a sus trabajos las nociones de «conciencia colectiva» y de «mentalidad», y, con un carácter más decisivo, por las aportaciones, innovadoras y pujantes, de la psicología social, que descubre a los historiadores una profusa fuente de posibilidades analíticas e interpretativas, ampliando así notablemente el territorio propio de su estudio de las mentalidades. La psicología social subraya la mutua dependencia, activa en todas las sociedades, que se establece entre las personalidades y las coordinadas mentales colectivas, evidencia, como indica Duby, la importancia de «la relación entre psiquismo individual y entorno social»²⁷.

Y a ello hay que añadir otra circunstancia también favorecedora de la inclinación de la escuela de los *Annales*, en sus comienzos, hacia la historia de las mentalidades: la crítica que con ella se llevaba a cabo de los presupuestos, que se estimaban impropriamente abstractos y atemporales, de la historia de las ideas de corte tradicional. El estudio de las mentalidades permitía intensificar el combate contra la «vieja» historia practicado, en todos los frentes historiográficos, por los fundadores del círculo de los *Annales*: oponiéndose a los esquemas de actuación de quienes se habían limitado a considerar exclusivamente el mundo de las ideas, a valorar las obras culturales o los comportamientos intelectuales como eslabones de un encadenamiento autosuficiente, en términos de creación, filiación e influencia, sin atender al marco cambiante y colectivo en el que se fraguan y desenvuelven, la investigación de las mentalidades auspiciada por la escuela de los *Annales* propone, en palabras de Revel, «el proyecto de otra historia que volvería a ubicar las ideas, las obras y los comportamientos en el seno de las condiciones sociales en las que aparecen»²⁸. No es posible, escribe Le Goff, una historia de las mentalidades desligada de «la historia de los sistemas culturales, de los sistemas de creencias, de los valores, del marco intelectual en el seno de los cuales han sido elaborados, han vivido y evolucionado»²⁹.

27. DUBY, G.: «Histoire des mentalités», *op. cit.*, p. 944.

28. REVEL, J.: «Mentalités», *op. cit.*, p. 451.

29. LE GOFF, J.: «Les mentalités. Une histoire ambiguë», en Le Goff, J., Nora, P. (Dir.), *Faire de l'histoire. III. Nouveaux objets*. Paris, 1974, p. 89.

Marc Bloch y Lucien Febvre se ocupan de impulsar inicialmente, en los años veinte y treinta, el estudio de las mentalidades en la escuela de los *Annales*. Hacen así arraigar en ella con fuerza una vía de entendimiento de la sociedad que, por lo demás, contaba en esos tiempos también con algunos cultivadores, aunque aislados y no muy numerosos, ajenos a ese círculo. Entre ellos merece ser destacado, en primer lugar, el historiador holandés Johan Huizinga, autor de trabajos tan significados en la línea de la investigación de las mentalidades como *El otoño de la Edad Media* (1919), *Erasmus* (1924) y *Homo Ludens. Ensayo sobre la función social del juego* (1938), cuyo carácter precursor fue expresamente resaltado por Bloch y Febvre.

No menos importantes son, a finales de los años treinta, fuera también del ámbito de influencia de los *Annales*, las reflexiones, muy originales y valiosas siempre abiertas además al razonamiento histórico, pero poco divulgadas en su momento, del sociólogo alemán Norbert Elias, estudioso del «proceso de civilización» en Europa, para el que propone un modelo de interpretación que resalta el papel del Estado en la organización de las relaciones sociales, de las actitudes mentales y de los comportamientos individuales, ofreciendo con ello a la historia, en opinión de Burguière: «prácticas, perspectivas extremadamente nuevas». Pero, lamentablemente, la recepción de esas fecundas posibilidades del pensamiento de Norbert Elias en la esfera historiográfica francesa fue tardía: su obra fundamental, de 1939, se traduce en los años setenta, constituyendo «una verdadera revelación para el público francés», y es entonces cuando «los historiadores descubren en él —añade Burguière— una especie de compañero de viaje del otro lado del Rin de Philippe Ariès y de Michel Foucault, interesado como ellos en reconstruir el camino de la racionalidad, en seguir su trabajo de remodelación del cuerpo social y de los comportamientos»³⁰.

Las vías emprendidas por Marc Bloch y Lucien Febvre para estudiar las mentalidades comparten la pretensión de encontrar en éstas un modo de acceder, en estrecha conexión con las procedentes del estudio de los otros «niveles» de la realidad, al entendimiento integrador, «totalizador», de las formas de organización y de funcionamiento de las sociedades. La historia de las mentalidades no se aparta, en ninguno de los dos, de la aspiración a la globalidad que caracteriza su quehacer historiográfico. Pero, aun así, se aprecian entre ambas algunas diferencias que se refieren a la manera concreta de enfocar tal estudio, a la forma específica de entender las claves del universo de lo mental. La orientación auspiciada por Marc Bloch —modélicamente descvuelta en sus obras acerca de *Les rois thaumaturges. Etude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale, particulièrement en France et en Angleterre* (1924), y *La société féodale*, con dos

30. BURGUIÈRE, A.: «Norbert Elias», en Burguière, A. (Dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*, op. cit., p. 240.

volúmenes subtitulados *La formation des liens de dépendance* (1939) y *Les classes et le gouvernement des hommes* (1940)— elige preferentemente apoyarse en los planteamientos de la sociología durkheimiana para conseguir interpretar las prácticas colectivas y las representaciones simbólicas e inconscientes de los diferentes grupos sociales.

Es una versión más sociológica de la historia de las mentalidades que provocó, precisamente por ello, algunas reticencias entre otros historiadores: comentando *La société féodale*, Febvre no oculta su sorpresa ante una perspectiva en la que «el individuo está casi por completo ausente», en la que apenas se dejan sentir los «gestos de los hombres, de los hombres particulares», y en la que cree ver, en suma, «una especie de regreso hacia el esquematismo» o, dicho con otras palabras, «hacia lo sociológico, que es una forma seductora de lo abstracto»³¹. Y la de Bloch es, además, una versión de la historia de las mentalidades tendente, ante todo, a captar la vertebración existente entre los fenómenos mentales menos elaborados y más colectivos y los grupos que conforman la sociedad. La investigación de Bloch permanece siempre atenta, como advierte Burguière, «a las categorías mentales menos reflexivas, menos conscientes y más articuladas con la configuración de la sociedad»³².

La línea seguida por Lucien Febvre —plasmada con meridiana claridad en trabajos como los titulados *Un destin*, *Martin Luther* (1928), y *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais* (1942)— muestra, por su parte, una mayor inclinación hacia la psicología y se preocupa, sobre todo, de las mentalidades conscientes e individuales y de su conexión con las condiciones sociales que las enmarcan. Tal actitud, que Dosse considera «fuertemente marcada por el humanismo clásico, por una percepción del hombre como individuo»³³, permite a Febvre ofrecer una variedad más psicológica de la historia de las mentalidades, preocupada sobre todo por estudiar las dimensiones singulares y más elaboradas de lo mental, atenta a los comportamientos, las sensibilidades y las ideas de signo particular, dispuesta a captar en la configuración psíquica del individuo los nexos entre la vida intelectual y la vida afectiva, sin olvidar nunca el arraigo de todo ello en las circunstancias históricas —sociales y culturales— de cada momento.

A Febvre le interesa buscar la relación entre la mentalidad singular y las condiciones de su posibilidad en las coordenadas culturales y sociales de cada época: el estudio del ateísmo de Rabelais le lleva a preguntarse,

31. FEBVRE, L.: «La société féodale: une synthèse critique», en Febvre, L., *Pour une Histoire à part entière*, París, 1962, pp. 424-425.

32. BURGUIÈRE, A.: «De la compréhension en histoire», *Annales. E.S.C.*, 45, 1990, p. 129.

33. DOSSE, F.: *L'histoire en miettes*, op. cit., p. 78.

para entenderlo, por las posibilidades de la incredulidad en la sociedad y la cultura de siglo XVI. Porque, según Febvre, la mentalidad individual no puede separarse del «utillaje mental» de su tiempo, es decir, del conjunto de instrumentos mentales —el lenguaje, el grado de precisión intelectual, la capacidad para medir y cuantificar, el modo de percibir el tiempo y el espacio, entre otros— que el sistema cultural y social de cada momento puede proporcionar. La noción de «utillaje mental», acuñada por Febvre en 1935, resume de forma muy elocuente la perspectiva histórica que preside su concepción, deudora de la psicología, de la historia de las mentalidades.

Ambos horizontes —el de Bloch y el de Febvre—, diferentes pero no incompatibles, abren caminos variados e interesantes para el entendimiento histórico de los universos, colectivos o individuales, de lo mental. Los planteamientos de Georges Lefebvre, autor de *La Grande Peur de 1789* (1932), agrandan también ese campo historiográfico. Sus resultados muestran una riqueza notable y se adentran en territorios ignotos, sumamente atractivos. Algunos ejemplos pueden resultar ilustrativos. March Bloch, estimulado por su propia experiencia durante la primera guerra mundial —«una inmensa experiencia de psicología colectiva», escribe—, se interesa por el papel que desempeñan los testimonios equívocos, los rumores, las falsas informaciones, en las creencias colectivas, haciendo de todo ello un objeto de estudio necesario para llegar a «comprender el encadenamiento de las acciones humanas». La opinión de Bloch es elocuente: «Relatos falsos han levantado a las masas. Las falsas noticias, en toda la multiplicidad de sus formas —simples habladurías, imposturas, leyendas—, han llenado la vida de la humanidad. ¿Cómo nacen? ¿De qué elementos extraen su sustancia? ¿Cómo se propagan, ganando amplitud a medida que pasan de boca en boca o de escrito en escrito? Preguntas todas ellas dignas de apasionar a cualquiera que guste de reflexionar sobre la historia»³⁴.

El análisis del «utillaje mental» propuesto por Lucien Febvre da lugar asimismo a resultados muy sugestivos. Constituye un valioso camino para poder llegar incluso a reconocer, como recuerda Duby, que «el comportamiento de los hombres, y especialmente lo que atañe a las emociones y a la sensibilidad, se encuentra relacionada con el estado corporal», que se modifica «según los medios sociales y según las épocas». Los bruscos saltos de humor de los caballeros medievales, sus arrebatos de cólera, no son ajenos a los desequilibrios de su complexión, al desorden de sus hábitos alimenticios, a la falta de protección de su psiquismo respecto de los cambios del medio natural, de los pasos del calor al frío o de la oscuridad a la luz. De esa manera, concluye Duby, «la historia de las actitudes mentales

34. BLOCH, M.: «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre», en Bloch, M., *Mélanges historiques*, Paris, 1963, t. I, p. 43.

converge con la de la salud», reclamando «el estudio de la alimentación, de la higiene, de los regímenes de vida», para no perder de vista el papel que cabe atribuir a «las aventuras del cuerpo»³⁵.

Finalmente, la línea auspiciada por Georges Lefebvre, con su atención a los estados de conciencia de los grupos sociales, a la «voluntad punitiva» o a la «reacción defensiva» que se imponen en ocasiones en la mentalidad colectiva, con su interés al tiempo por los «héroes», en los que recomienda discernir, como resume Hirsch, junto a lo que puede ser un reflejo de situaciones sociales más vastas, lo que se debe al «temperamento genial»³⁶, configura también un ámbito pródigo en inspiración —y en logros— para la historia de las mentalidades.

La importancia concedida al estudio de lo mental por los primeros representantes de la escuela de los *Annales* decae de forma sensible con posterioridad, en momentos en los que no se oculta, sin duda bajo el influjo de las renovadas circunstancias que se manifiestan tras la segunda guerra mundial, la predilección por la historia económica, dejando «un poco en la sombra», como advierte Ariès, todo aquello que «desbordaba lo social por el lado de lo imaginario, la psicología colectiva y lo cultural». Tal actitud se modifica radicalmente durante los años sesenta, en los que, a la vez que disminuye de manera progresiva la preferente dedicación a lo económico —o a lo socioeconómico, sin traspasar el umbral del «tercer nivel» labroussiano, el de lo mental—, se produce la creciente y duradera inclinación hacia las mentalidades. «A lo largo de los años 1960 —escribe Ariès—, la reaparición de las mentalidades cambia de arriba abajo la historiografía francesa. Es un acontecimiento capital»³⁷. Dosse, entre otros, ha hablado del tránsito de una «historia económica y social» a una «historia cultural»³⁸. La apertura de la historia serial —antes ceñida al mundo de lo económico y lo social— hacia el horizonte de las mentalidades, prolongando en él los enfoques y los métodos primeramente ensayados y afinados en el campo de la historia económica, es sintomática de ese cambio de actitud que se deja sentir desde los años sesenta³⁹.

Varias razones contribuyen a que se haga realidad semejante cambio. Algunas de ellas traslucen el signo de los tiempos: «Con el fin de las guerras coloniales y las aventuras de la descolonización —escribe Revel—,

35. DUBY, G.: «Histoire des mentalités», *op. cit.*, p. 957.

36. HIRSCH, J.-P.: «Georges Lefebvre», en Burguière, A. (Dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*, *op. cit.*, p. 412.

37. ARIÈS, P.: «La historia de las mentalidades», en Le Goff, J., Chartier, R., Revel, J. (Dir.), *La nueva historia*, *op. cit.*, pp. 464 y 467.

38. DOSSE, F.: *L'histoire en miettes*, *op. cit.*, p. 167.

39. Véase CHAUNU, P.: «Un nouveau champ pour l'histoire sérielle: le quantitatif au troisième niveau», en *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel. II. Méthodologie de l'Histoire et des sciences humaines*, *op. cit.*, pp. 105-125.

con la crisis del marxismo también, aparece la duda y comienza a corroer las antiguas certidumbres sobre el sentido de la historia. El pasado se vuelve desde ahora objeto de una valoración nostálgica que se ve reforzada además, hacia finales de los años sesenta, por una atención inédita hacia los modos de vida y hacia las estructuras “orgánicas” de la vida social. El tardío descubrimiento de Philippe Ariès por el público francés, profesional o no, puede servir de emblema a ese profundo desplazamiento cultural»⁴⁰.

A ello hay que añadir el particular atractivo, seguramente incrementado por la incertidumbre y el talante cultural de los nuevos tiempos, que la historia de las mentalidades es capaz de generar por un doble motivo: en primer lugar, como advierte Le Goff, por su misma «imprecisión», por su cualidad de configurar un marco flexible en el que pueden encontrar acomodo las más variadas inquietudes e inclinaciones personales; y, en segundo lugar, por las posibilidades que entraña de abrir el territorio de la historia hacia otros horizontes —no sólo los de la psicología o la sociología, sino también los de la antropología o la etnología, nunca alejada de la historia en el ámbito francés⁴¹, los de la historia de la filosofía, del arte, de la literatura o de las religionbes—, por su condición característica de «historia-encrucijada»⁴².

La historia de las mentalidades ofrece así «una plasticidad metodológica casi infinita», y en su seno pueden desenvolverse, como señala Furet, conceptos y perspectivas muy dispares: desde «la oposición de lo consciente y de lo inconsciente», o «el escalonamiento de la actividad psíquica e intelectual en umbrales de cultura», hasta «la historia de las conductas objetivas y la de las representaciones de esas conductas», o «la noción freudiana de represión»⁴³. El territorio del historiador experimenta con todo ello una ampliación muy notable, y además en un sentido que permite incorporar cumplidamente buena parte de las preocupaciones más vivas de la renovada sensibilidad cultural que se abre camino desde los años sesenta.

La «nueva» historia de las mentalidades desarrollada en la escuela francesa desde los años sesenta reconoce y valora las aportaciones de sus fundadores, pues existe, en la corriente «annaliste», una sutil pero resistente continuidad bajo la diversidad. No parece casual que, justamente en 1968, se reediten *La société féodale* de Bloch y el *Martin Luther* y el *Rabelais* de Febvre, y, ya en 1983, *Les rois thaumaturges* del primero, con un prólogo significativo, por lo elogioso, de Jacques Le Goff. El estudio de lo mental

40. REVEL, J.: «Mentalités», *op. cit.*, p. 454.

41. Véase LÉVI-STRAUSS, C.: «Histoire et ethnologie», *Annales. E.S.C.*, 38, 1983, p. 1.217.

42. LE GOFF, J.: «Les mentalités. Une histoire ambiguë», *op. cit.*, p. 76.

43. FURET, F.: *L'atelier de l'histoire*, Paris, 1982, p. 24.

pasa a ser, en los últimos decenios, uno de los rasgos más sobresalientes y distintivos de los historiadores vinculados a los *Annales*, llegando a convertirse, como indica Coutau-Bégarie, en «el frente pionero» del grupo⁴⁴. Conviene advertir que esa preferente dedicación tiene muy presente la meta de la historia total perseguida desde los comienzos de la escuela: a pesar de que disminuye el énfasis en lo económico o en lo socioeconómico —y con ello la posibilidad de articular, en pie de igualdad, los tres «niveles» labroussianos, los de la economía, la sociedad y la mentalidad—, se mantiene la intención de llegar, concediendo ahora la primacía al ámbito de lo cultural o de lo sociocultural, a un entendimiento integrador, capaz de «captar a partir del mundo de las significaciones —en palabras de Burguière— la totalidad de la realidad histórica»⁴⁵.

Así planteada, la historia de las mentalidades exige a quienes se adentran en ella una cierta amplitud cultural de miras, un refinado cultivo de la sensibilidad y de la curiosidad, una constante actitud crítica frente a los reduccionismos de uno u otro signo, para no dificultar el camino de la comprensión histórica abierta e integradora que pretende lograr. La opinión de Le Goff sobre lo que no debe ser la historia de las mentalidades deja entrever el alcance y la envergadura de su empeño: «Surgida en buena medida de una reacción contra el imperialismo de la historia económica, la historia de las mentalidades no debe ser ni el renacimiento de un espiritualismo superado —que se escondería por ejemplo bajo las vagas apariencias de una indefinible *psyche* colectiva— ni el esfuerzo de supervivencia de un marxismo vulgar que buscaría en ella la definición barata de superestructuras mecánicamente nacidas de las infraestructuras socio-económicas. La mentalidad no es reflejo»⁴⁶.

Los resultados del estudio de las mentalidades practicado por la historiografía francesa reciente son relevantes. Numerosos trabajos han ido dando cuenta, según resume Revel, de aspectos tales como los sentimientos y las representaciones, los saberes y las creencias, los sistemas de relaciones y de valores sociales, la experiencia de las edades vitales y las respuestas frente a sus episodios biológicos. Se han investigado de ese modo universos mentales muy variados y cambiantes: el del miedo o el de las percepciones cosmogónicas y religiosas, el del amor, el matrimonio, el honor o la violencia, el de los atributos de la infancia o de la juventud, el de las actitudes ante la vida y ante la muerte⁴⁷. Se ha reconocido la importancia de los procesos que subyacen en la conformación de los mundos mentales singulares o colectivos: el historiador de las mentalidades debe permanecer atento, como dice Duby, a los variados y complejos medios de

44. COUTAU-BÉGARIE, H.: *Le phénomène nouvelle histoire*, *op. cit.*, p. 167.

45. BURGUIÈRE, A.: «De la compréhension en histoire», *op. cit.*, p. 130.

46. LE GOFF, J.: «Les mentalités. Une histoire ambiguë», *op. cit.*, p. 89.

47. Véase REVEL, J.: «Mentalités», *op. cit.*, p. 455.

educación e información que cimentan los sistemas culturales⁴⁸. Y, refiriéndose a las iniciativas más recientes, ofrecidas ya durante los años ochenta, Burguière ha hablado del «éxito» conseguido por «las investigaciones sobre lo simbólico, la religión popular y otros objetos habitualmente conectados con la antropología cultural»⁴⁹.

También la investigación de las mentalidades ha dado valiosos frutos en el terreno de las monografías regionales o locales. Un acabado exponente de esta línea es la obra de Le Roy Ladurie sobre *Montaillou, village occitan, de 1294 à 1314* (1975), donde, a propósito de la herejía cátara, «se trata esencialmente de la aldea, y de las biografías con frecuencia apasionantes de sus habitantes», hasta proporcionar una imagen «muy representativa del campesinado occitano de antaño en lo que tenía de más vivo y truculento»⁵⁰.

Los beneficios historiográficos derivados del estudio de las mentalidades son muy importantes. Entre ellos se cuenta, por ejemplo, su contribución a una mejor comprensión de la diferencia, a un más ajustado entendimiento de las distancias —temporales y espaciales— que separan a unas culturas de otras, ayudando con ello a ponderar el valor de las peculiaridades, del carácter singular y original que cabe atribuir a cada una de ellas. Porque este tipo de investigación se apoya en último extremo, como asegura Philippe Ariès, en «la percepción de una diferencia entre dos mentalidades»: la contemporánea, que se supone conocida y sirve de marco de referencia, y la que se pretende descubrir. El estudio de lo mental contribuye de forma destacada a ver «culturas diferentes e igualmente interesantes allí donde el historiador clásico reconocía una civilización y unas barbaries»; si éste estaba más pendiente de «las semejanzas con un modelo universal», el historiador de las mentalidades muestra, al contrario, más interés por las «diferencias» que por tales «semejanzas» uniformadoras⁵¹.

A ello se añade otra aportación de alcance, resaltada por Burguière: su modo de condensar en lo mental el campo del entendimiento histórico proporciona una «eficacia metodológica» y un «efecto de transparencia» poderosos, que permiten al investigador ubicarse en el «corazón» de la realidad histórica, en una posición privilegiada para comprender «desde dentro» las claves de su dinamismo. Y, además, tal operación ofrece a quien la practica «la ventaja de introducirle directamente en el universo de las significaciones, de hacerle captar los comportamientos con el sentido que los actores mismos les daban, y de precaverle, por tanto, contra la

48. Véase DUBY, G.: «Histoire des mentalités», *op. cit.*, pp. 957-960.

49. BURGUIÈRE, A.: «De la compréhension en histoire», *op. cit.*, p. 130.

50. LE ROY LADURIE, E.: *Montaillou, aldea occitana, de 1294 a 1324*, Madrid, 1981, pp. 10 y 13.

51. ARIÈS, P.: «La historia de las mentalidades», *op. cit.*, pp. 477-479.

deriva del anacronismo —pecado mayor del historiador— que consiste en proyectar en el pasado nuestras propias categorías»⁵².

La historia de las mentalidades constituye asimismo, como advierte Jacques Le Goff, «el lugar de encuentro de exigencias opuestas que la dinámica propia de la investigación histórica actual obliga a dialogar», precisamente por encontrarse situada «en el punto de unión de lo individual y de lo colectivo, del tiempo largo y del cotidiano, de lo inconsciente y de lo intencional, de lo estructural y de lo coyuntural, de lo marginal y de lo general»⁵³.

Sin embargo, hay peligros que también pueden acechar a la historia de las mentalidades. Uno de ellos, derivado de la plasticidad y apertura que, como se ha visto, la caracterizan, procede de la amenaza de dispersión inarticulada, de disgregación banal de sus esfuerzos. Corre el riesgo, como ha advertido François Furet, de «multiplicar lo insignificante», de perderse en «la persecución indefinida de nuevos objetos de investigación, surgidos de los azares de la vida, sin otros fundamentos que la intuición de un día o la moda de una estación»⁵⁴. Por otra parte, no cabe olvidar que, en el seno mismo de la historia de las mentalidades, se plantean ciertos problemas interpretativos de indudable importancia.

Es lo que sucede, por ejemplo, con la delimitación precisa de las relaciones que existen, en cada momento histórico, entre las mentalidades y las estructuras sociales, donde es frecuente encontrar complejos entrecruzamientos, a veces contradictorios, difíciles de captar sin incurrir en simplificaciones o abstracciones erróneas. «La coexistencia de varias mentalidades en una misma época y en un mismo espíritu —escribe Le Goff— es uno de los datos más delicados pero esenciales de la historia de las mentalidades». Y algo parecido ocurre a la hora de entender rigurosamente las transformaciones de las mentalidades, de valorar con exactitud los avances o los retrocesos, nada sencillos, de las innovaciones, de las permanencias y de las resistencias que actúan de forma simultánea y conexa en los períodos de transición. «¿Cuándo —se pregunta el mismo Le Goff— aparece o desaparece un lugar común, y, más difícil de determinar pero no menos capital, cuándo no es más que una supervivencia, un muerto-viviente?»⁵⁵. Todo ello basta para ilustrar la magnitud de los riesgos y de las dificultades que debe afrontar la historia de las mentalidades.

Conviene añadir, por último, que el desarrollo de los estudios sobre las mentalidades no ha afectado exclusivamente, en los últimos tiempos, al ámbito de la historiografía francesa. Existen investigaciones de otras procedencias con criterios y orientaciones equivalentes. Así, por ejemplo,

52. BURGUIÈRE, A.: «De la compréhension en histoire», *op. cit.*, p. 130.

53. LE GOFF, J.: «Les mentalités. Une histoire ambiguë», *op. cit.*, p. 80.

54. FURET, F.: *L'atelier de l'histoire*, *op. cit.*, p. 25.

55. LE GOFF, J.: «Les mentalités. Une histoire ambiguë», *op. cit.*, p. 88.

la obra que el historiador italiano Carlo Ginzburg dedica, en 1976, con el título de *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, a la cosmovisión del molinero Menocchio en el siglo XVI, en la que reconoce el carácter «magistral» del quehacer de Lucien Febvre y se adentra en los dominios de la «cultura popular», expresión que prefiere a la de «mentalidad colectiva»⁵⁶.

Al mismo tiempo que se ha proyectado su influencia fuera del estricto núcleo francés de los *Annales*, la historia de las mentalidades, siempre plural, ha visto crecer en su propio campo algunas iniciativas que han tendido, en ocasiones, a configurar líneas de especialización más o menos definidas, rumbos que a veces no han ocultado su voluntad de autonomía. Tal es el caso de la denominada historia intelectual —una renovada historia de las ideas—, pujante sobre todo en ciertos medios estadounidenses, cuya delimitación y cuyos métodos varían algo de unos autores a otros, aunque coincidiendo en el interés último por abarcar de manera específica, como resume Roger Chartier, «el conjunto de las formas de pensamiento, individuales o colectivas, filosóficas o comunes, inventadas o recibidas, conceptualizadas o vividas»⁵⁷. El uso de la expresión «historia intelectual» es, según advierte Leonard Krieger, reciente, y se ha visto favorecido tanto por la imparable penetración del punto de vista histórico en los horizontes de la filosofía, la literatura y el arte, como por el convencimiento, reforzado por los cambios culturales más próximos, de que es necesario tener en cuenta ciertas discontinuidades —incluidas, claro está, las del orden intelectual— para lograr un mejor entendimiento de la dinámica histórica⁵⁸.

Las categorías mismas del universo intelectual distan de la mera continuidad: no varían sólo de un momento a otro los contenidos concretos englobados en ideas como las de libertad o locura, sino también el propio modo de constituirse y de objetivarse, la posibilidad de ser pensadas y nombradas, esas nociones. «En lugar de creer que existe una cosa que se llama “los gobernados” —escribe Paul Veyne, comentando la obra de Michel Foucault—, en relación con la cual “los gobernantes” observan un determinado comportamiento, consideremos que puede tratarse a “los gobernados” siguiendo prácticas tan diferentes según las épocas que dichos gobernados casi no tienen en común más que el nombre». La categoría de «los gobernados» —al igual que las de «la represión» o «el

56. GINZBURG, C.: *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Madrid, 1984, p. 26.

57. CHARTIER, R.: «Histoire intellectuelle», en Burguière, A. (Dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*. op. cit., p. 373.

58. Véase KRIEGER, L.: «The Autonomy of Intellectual History», en Iggers, G. G., Parker, H. T. (Eds.), *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*. Londres, 1980, pp. 110 y 116-117.

Estado»— no remite a «una entidad» unívoca y generalizable: corresponde a numerosas y diversas «objetivaciones» procedentes de «prácticas heterogéneas» cuya relación «con una unidad no se plantea más que si se intenta darles una unidad que no existe». En ese mundo de múltiples y variadas objetivaciones, añade Veyne, «no se juega al ajedrez con figuras eternas (el rey, el alfil): las figuras son lo que las configuraciones sucesivas del tablero hacen de ellas»⁵⁹.

El campo de la historia intelectual no puede desvincularse, desde luego, del de la historia de las mentalidades: es, más bien, una parte de éste, y así ha solido entenderse, sin ceder a una terminología mejor aceptada en otros círculos, en la tradición historiográfica francesa. La noción de historia intelectual se halla en la escuela francesa comprendida, sin negar por ello la importancia del ámbito especial al que aquélla se refiere, en la más amplia de historia de las mentalidades. Lo interesante de su empeño, más allá de las denominaciones, es el esfuerzo, intenso en los últimos años, en favor de una más profunda comprensión histórica —en la línea sugerida ya mucho antes por autores como Lucien Febvre o Norbert Elias— de los modos de pensamiento, de las construcciones intelectuales, y de los nexos que mantienen con la sociedad y la cultura de su tiempo. El carácter innovador que en ciertos momentos manifiestan algunas expresiones intelectuales, su influencia, a veces notable, en la mutación de las coordenadas sociales y culturales, ha sido un aliciente de peso en beneficio de la investigación detallada y creciente del significado histórico de tales expresiones.

LA PERSPECTIVA DE LOS HISTORIADORES MARXISTAS BRITÁNICOS

En otras coordenadas historiográficas se inscribe la segunda de las grandes corrientes contemporáneas de la historia social: la protagonizada por los historiadores marxistas británicos. El marxismo ha formulado su pretensión de modelar «una teoría general del movimiento de las sociedades», su aspiración a ofrecer, en palabras de Guy Bois, «una visión global, coherente y dinámica de los procesos sociales»⁶⁰. Ser «historiador marxista» equivale, según Pierre Vilar, a ser «historiador de las sociedades»⁶¹, y el marxismo consiste, en opinión del mismo autor, en «pensarlo

59. WEYNE, P.: *Cómo se escribe la historia. Foucault revolucionó la historia*, Madrid, 1984, pp. 203, 215 y 233.

60. BOIS, G.: «Marxismo y nueva historia», en Le Goff, J., Chartier, R. Revel, J. (Dirs.), *La nueva historia*, op. cit., p. 432.

61. VILAR, P.: «Historia social y "filosofía de la historia"», en Vilar, P., *Economía. Derecho. Historia. Conceptos y realidades*, Barcelona, 1983, p. 141.

todo históricamente»⁶². Algunos, como Edward P. Thompson, han visto en la concepción que el marxismo propone de la historia —en el «materialismo histórico»— «tal vez la disciplina más robusta procedente de la tradición marxista»⁶³.

Una vez establecidos los cimientos de tal enfoque por sus fundadores, y después de recorrer durante algún tiempo, en el presente siglo, caminos que Josep Fontana ha valorado, sintéticamente, con los términos de «desnaturalización y dogmatismo»⁶⁴, la historiografía marxista intenta renovarse en ciertos círculos —la temprana labor de los autores italianos, en los años treinta y cuarenta, resulta premonitoria y estimulante— y ensayar, tras la segunda guerra mundial, orientaciones más flexibles y creativas, voluntariamente distanciadas de las rígidas y frías «ortodoxias» consagradas con anterioridad. Tal es el empeño que alienta ejemplarmente en la trayectoria seguida por los historiadores marxistas británicos.

Georg G. Iggers se ha referido a la importancia que tuvo el estudio de la industrialización inglesa en la conformación de distintas —y antagónicas— tradiciones historiográficas. Desde el siglo XIX, la interpretación de ese proceso se desdobra en dos perspectivas opuestas. Una de ellas —la «escuela whig»— tiende a resaltar los beneficios materiales derivados de la dinámica industrializadora, emitiendo sobre ésta, y sobre el panorama capitalista que contribuye decisivamente a afianzar, un juicio favorable que se justifica mediante la adopción de «los principios de la economía política clásica y los valores que lleva consigo».

Frente a semejante entendimiento, se alza la segunda perspectiva —la de la «tradición anticapitalista»—, más enraizada en el terreno del humanismo, que ofrece una imagen mucho menos complaciente de la industrialización, un enfoque crítico que insiste fundamentalmente en los efectos que ha producido en los grupos sociales desfavorecidos, procurando comprender «la causalidad y las consecuencias del proceso en términos de pérdida, privación o embargo de ciertos poderes que incluyen, aunque sobrepasándolo, el estrictamente económico»⁶⁵.

Con este horizonte se relacionan las sugerentes reflexiones de William Morris, artista y escritor, con innegables inquietudes sociales, que habrían de influir en buena medida en los puntos de vista de Thompson, autor del estudio biográfico titulado *William Morris: Romantic to Revolutionary* (1955). Y en esta tradición se inscribe asimismo la tendencia socialista de los historiadores que dirigen su atención, desde los últimos

62. VILAR, P.: «Histoire marxiste, histoire en construction», en Le Goff, J., Nora, P. (Dirs.), *Faire de l'histoire. I. Nouveaux problèmes*, op. cit., p. 208.

63. THOMPSON, E. P.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981, p. 9.

64. FONTANA, J.: *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, p. 214.

65. IGGERS, G. G.: *New Directions in European Historiography*, op. cit., pp. 156-157.

años del siglo pasado, hacia las condiciones de vida y los modos de organización de los trabajadores británicos: el surgimiento y el primer desarrollo de esta historiografía obrera se debe en gran parte a la doble y complementaria iniciativa de Beatrice y Sydney Webb, vinculados a la Sociedad Fabiana y al Partido Laborista, autores de la obra temprana y precursora sobre *The History of Trade Unionism* (1894), y de John y Barbara Hammond, quienes dedicaron a las consecuencias de la revolución industrial en los diferentes grupos populares la trilogía compuesta por *The Village Labourer* (1911), *The Town Labourer* (1917) y *The Skilled Labourer* (1919).

Se trata de una corriente interesada «por el estudio de las clases trabajadoras, de los sindicatos o del pueblo», deseosa de mostrar «el alto precio en miseria y sufrimiento que una parte de la población pagó por el desarrollo industrial», que se diferencia de la «historiografía tradicional», como indica Santos Juliá, no «por un cambio de objeto o una ruptura teórica, sino «por la visión del proceso de industrialización y de sus efectos “desde abajo”», abriendo así el camino de la «people’s history», de una modalidad de historia social de corte humanista y socialista, con «muy poco de marxismo», que sirve de punto de partida, sin embargo, a la orientación marxista nacida en el ámbito de los historiadores británicos⁶⁶.

Queda la historia marxista británica enmarcada en la más amplia tradición historiográfica «anticapitalista», y a tal adscripción se deben dos de sus rasgos característicos. De un lado, su activa participación en la ya larga polémica acerca del entendimiento de la génesis y de los efectos del proceso de industrialización, prolongando, con renovados puntos de vista, pero sin ignorar las preocupaciones centrales de la tradición en la que se inscribe, la línea de investigación iniciada con anterioridad. Los historiadores marxistas británicos se adentran así en el campo de investigación predilecto de la historiografía precedente, terciando en la controversia mantenida desde mucho antes por sus dos troncos mayores. Y, de otro lado, la incorporación a su quehacer de la perspectiva empírica habitual en el panorama británico del conocimiento histórico. A la trascendencia de este aspecto se ha referido Harold T. Parker: la práctica de los historiadores marxistas británicos no abandona «el idioma del empirismo inglés», con su «continua referencia a la experiencia histórica concreta», reafirmando siempre «su tendencia empírica hacia la prueba documental y el hecho concreto»⁶⁷.

Su adhesión a las claves interpretativas auspiciadas por Marx se in-

66. JULIÁ, S.: *Historia social/Sociología histórica*, op. cit., pp. 43-45.

67. PARKER, H. T.: «Great Britain», en Iggers, G. G., Parker, H. T. (Eds.), *International Handbook of Historical Studies*, op. cit., p. 202.

tenta hacer compatible con la fidelidad a las pautas de la tradición historiográfica en la que primero se forman y luego se desenvuelven como profesores e investigadores. Y acaso de ello dependa buena parte de su actitud intelectual y de su peculiar manera de actualizar la herencia del marxismo: la impronta empírica parece llevarles a una cierta predisposición a poner en duda los esquemas, marxistas o no, demasiado abstractos y generalizadores, las teorizaciones estáticas, marxistas o no, que eluden el necesario contacto con la realidad, y a prestar, por el contrario, sin negar el efectivo valor, relativo y provisional, de la teoría, una singular y persistente atención a las experiencias concretas que configuran la trama del dinamismo histórico.

En el centro de sus preocupaciones se encuentra «la experiencia humana», y no parecen dispuestos a renunciar a ella por más que otros enfoques marxistas traten de descalificarla tachándola de «empirismo»: a Thompson no le inquieta demasiado, por ejemplo, que ciertos marxismos puedan considerarle «convicto y confeso de prácticas empíricas». Porque «la historia no es una fábrica para la producción de una Teoría Máxima (...). Su tarea consiste en rescatar, “explicar” y “comprender” su objeto, la historia real. (...) Nuestro objetivo es el conocimiento histórico; avanzamos nuestras hipótesis para explicar tal formación social concreta del pasado, tal secuencia concreta de causas». La demostración histórica es «un diálogo entre concepto y dato empírico» y tal diálogo se desarrolla mediante la formulación de «hipótesis sucesivas» a las que responde «el dato empírico, con sus propiedades concretas»⁶⁸. Se gesta así una historiografía marxista británica que plantea de forma «muy inventiva», según Lequin, la investigación de los hechos sociales: sus finalidades son similares a las que persigue coetáneamente la escuela francesa, pero se expresan «en términos del todo diferentes»⁶⁹. Entre los exponentes más destacados de tal tendencia, consolidada tras la segunda guerra mundial, se halla Maurice Dobb —a quien a veces se ha querido separar de los posteriores, viendo entre uno y otros una «ruptura en la historiografía marxista británica» que Thompson estima muy desafortunada⁷⁰—, autor de los *Studies in the Development of Capitalism* (1946), el influyente y polémico trabajo acerca de la transición del feudalismo al capitalismo.

También pertenece a ella Christopher Hill, «uno de los mejores historiadores en lengua inglesa en el siglo veinte» y «la figura principal —en palabras de Harvey J. Kaye— de los estudios actuales sobre la revolución inglesa»⁷¹, escritor prolífico que sobresale, como advierte Jack H. Hexter,

68. THOMPSON, E. P., *Miseria de la teoría*, op. cit., pp. 16, 67, 79 y 253.

69. LEQUIN, Y.: «Histoire sociale», op. cit., p. 639.

70. THOMPSON, E. P.: *Miseria de la teoría*, op. cit., p. 260.

71. KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza, 1989, pp. 93 y 95.

por su «gran erudición y viva imaginación», particularmente interesado en aclarar «las estrechas conexiones entre compromiso religioso, por una parte, y formas y cambios en la economía y la sociedad, por otra», los nexos que vinculan, en suma, la «conciencia individual» al «entorno social»⁷², de quien proceden, entre otros muchos, los trabajos titulados *Society and Puritanism in Prerevolutionary England* (1964) e *Intellectual Origins of the English Revolution* (1965).

Otros nombres, no menos prestigiosos, deben añadirse a los anteriores: el de Rodney Hilton, estudioso del campesinado inglés en el mundo feudal, que tiene muy en cuenta las perspectivas abiertas, en este campo, por Marc Bloch, atribuyéndoles un alto valor y discrepando de ellas al considerarlas, pese a todo, más descriptivas que explicativas, poco apropiadas para incorporar entendimientos teóricos del cambio social; el de Eric Hobsbawn, el historiador de los movimientos sociales obreros y campesinos, el iniciador de los estudios sistemáticos sobre los «rebeldes primitivos», sobre las manifestaciones apolíticas de protesta, las modalidades arcaicas de lucha social —en cuya órbita se sitúa el ya clásico trabajo que, con el título de *Primitiv Revels*, apareció por vez primera en 1959—, proclive siempre a conceder un lugar destacado al horizonte sociológico en el razonamiento histórico; y, finalmente, el de Edward P. Thompson, empeñado en revisar desde nuevos ángulos los procesos de configuración de la clase trabajadora, dispuesto a no ceder a las simplificaciones estáticas, atemporales, de ciertas visiones sociológicas, y a afirmar el compejo y rico significado, muy distante de supuestas determinaciones estructurales, de la conciencia de clase —un modo cultural de ordenar las experiencias, expresadas en tradiciones y valores, en ideas e instituciones—, buscando así en la comprensión histórica de las conductas culturales una de las claves de mayor relieve para desentrañar la efectiva conformación de la clase obrera, como muestra ejemplarmente su obra sobre *The Making of the English Working Class* (1963), que «ha sido importante —resume Kaye— por llevar a cabo una reconstrucción de la historia social de la revolución industrial y, junto con el trabajo de Eric Hobsbawn, ha transformado la literatura sobre la historia obrera»⁷³.

Se niega Thompson a caer en la «tentación», que «vicia —escribe en 1963— muchos de los recientes escritos “marxistas”», de «suponer que la clase es una cosa», con «una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática», y que, por tanto, es asimismo «posible deducir qué conciencia de clase debería tener “ella” (pero raras veces tiene) si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses rea-

72. HEXTER, J. H.: «The Historical Method of Christopher Hill», en Hexter, J. H., *On Historians. Reappraisals of some of the makers of modern history*, Cambridge (Mass.), 1979, pp. 230, 232 y 251.

73. KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos*, op. cit., p. 156.

les». Frente a tan erróneo y rígido planteamiento se alza el sostenido por Thompson: «La experiencia de clase —precisa— está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales».

Sí bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma. De ahí que Thompson afirme su convencimiento de que es imposible «comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable». Su obra sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra* supone, como recuerda el autor en el prefacio a la edición de 1980, «una crítica de doble vertiente»: la de «las ortodoxias positivistas que entonces dominaban en las escuelas de historia económica más conservadora», y la de «una cierta ortodoxia “marxista”» que veía en la clase obrera «la creación, más o menos espontánea, de las nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción»⁷⁴.

La revista *Past and Present*, editada desde 1952, en Oxford, por la Sociedad de igual nombre presidida por Hill, y de cuyo Consejo Editorial forman parte Hilton, Hobsbawm y Thompson, ha mantenido en la órbita británica, como advierte Iggers, «una estrecha relación con el surgimiento de nuevas aproximaciones a la historia social»⁷⁵, y ha contribuido, más concretamente, a la difusión de las perspectivas sostenidas en ese terreno por los historiadores marxistas. No han sido éstas escasas en resultados fructíferos para el estudio histórico de los hechos sociales. Han supuesto, ante todo, una revisión crítica, honda y rigurosa de las categorías y de los esquemas interpretativos ofrecidos por el marxismo, que se ha traducido, por ejemplo, en una franca negación de la visión economicista de la historia —el determinismo económico—, o en un muy renovado entendimiento, conectado con lo anterior, de las nociones mismas de clase social y de lucha de clases o de los nexos existentes entre la «base» económica y la «superestructura» ideológica, jurídica o política.

Tal revisión se relaciona con la evolución política de los años posteriores a la segunda guerra mundial: el estalinismo y la invasión soviética

74. THOMPSON, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, 1989, t. I, pp. 14, 16 y 19.

75. IGGERS, G. G.: *New Directions in European Historiography*, op. cit., p. 173.

de Hungría, en 1956, pusieron en entredicho muchas cosas, e hicieron que los historiadores marxistas británicos reflexionasen a fondo sobre el llamado «marxismo vulgar», llevando a algunos de ellos —Hill, Hilton o Thompson— a abandonar su anterior militancia en el partido comunista. Hobsbawm, que nunca se mostró remiso a reconocer la importancia de la economía, denuncia el error que consiste en reducir el proceso histórico a cauces exclusivamente económicos, ya que «la historia es la lucha de los hombres por las ideas, así como un reflejo de sus entornos materiales», y una clase social no puede entenderse antequando sólo a su relación económica con las demás, sino considerando el conjunto de las relaciones actuantes, que, «en síntesis, implican a toda la sociedad»⁷⁶.

Los puntos de vista de Thompson son los que han llegado más lejos en ese esfuerzo de revisión crítica, como demuestran cumplidamente las muy severas consideraciones que expone, en *Miseria de la teoría*, al discutir sin rodeos la concepción estructuralista del marxismo de corte althusseriano. No enmascara Thompson su desconfianza hacia «los conceptos analíticos estáticos, propios de una lógica inadecuada para la historia» —la historia no «puede construirse a partir de un juego de mecano conceptual—, y atribuye a las habituales nociones y categorías marxistas —como explotación, lucha de clases, capitalismo o burguesía— una entidad general y elástica que obliga a entenderlas «más como expectativas que como reglas», no como «tipos ideales», sino «como enteras familias de casos especiales», ya que «la historia no sabe de verbos regulares». Se opone resueltamente a la idea de que el papel de la «superestructura» se limite «a confirmar o legitimar una determinada base»; y aún más: comparte la opinión de que ambas denominaciones no son más que «términos metafóricos para designar una relación» —la «inexorable y mecánica metáfora de base y sobreestructura»— que, al imponerse, mediante una «trampa del pensamiento», como supuestas «categorías analíticas», impiden captar la verdadera identidad y los nexos efectivos de los componentes del «entero proceso social».

No acepta Thompson la posibilidad de concebir la historia como «proceso sin sujeto», y de ahí que insista en la necesidad de tener en cuenta «el diálogo entre el ser social y la conciencia social», ya que «del mismo modo que el ser es pensado, el pensamiento es vivido», y en la conveniencia de no eludir o infravalorar en el trabajo histórico «los datos empíricos del comportamiento (incluyendo el comportamiento mental, cultural) en su acaecer a lo largo del tiempo», de tener siempre presentes a «los hombres y mujeres reales». La investigación histórica de la conciencia, con su raigambre cultural, modifica sustancialmente algunas viejas creencias del marxismo: la conciencia social, «las maneras en que

76. Citado en KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos*, op. cit., p. 143.

una generación viviente cualquiera, en un “presente” cualquiera, “elabora” la experiencia, desafía toda predicción y escapa a toda definición estrecha de determinación», porque las personas «también viven su propia experiencia como *sentimiento*, y elaboran sus sentimientos en las coordenadas de su cultura», modelando de ese modo su propia «conciencia afectiva y moral».

Todo ello significa, en definitiva, «que cada contradicción es tanto un conflicto de valor como un conflicto de intereses: que en el interior de cada “necesidad” hay un afecto, una carencia o “deseo” en vías de convertirse en un “deber” (y viceversa); que toda lucha de clases es a la vez una lucha en torno a valores; y que el proyecto del socialismo no viene garantizado por nada —por supuesto que no por la “Ciencia” o el marxismo-leninismo—, sino que sólo puede hallar sus propias garantías mediante la *razón* y a través de una abierta *elección de valores*».

El horizonte crítico de Thompson se prolonga además en otra dirección digna de ser tenida en cuenta: la del enjuiciamiento, como historiador, del propio pensamiento de Marx. El problema medular reside en el hecho de que Marx, en su afán por construir un andamiaje científico —«es en la noción misma de *marx-ismo* como “Ciencia” donde encontramos la auténtica marca registrada del obscurantismo», escribe Thompson—, situó su reflexión principal sobre el capitalismo en el dominio de una economía política que, incluso en sus manos, «carecía de los términos que resultan esenciales en cuanto nos proponemos comprender las sociedades y las historias; es más, había *excluido* estos términos deliberadamente y para los fines de su ciencia analítica». Tal proceder dificulta la consideración de aspectos como la «experiencia humana», la «conciencia» o la «cultura»: de ahí «los silencios reales de Marx», la exclusión en sus análisis del mundo «moral» —sobre el que sólo emite el «prejuicio», nunca examinado con rigor en su obra, de suponerlo supeditado a lo económico, derivado y secundario, en aras, además, «de una definición particular y limitada de “lo económico”»—, con la ulterior transmisión de esos silencios a la tradición marxista «bajo la forma de una represión».

El lenguaje de la economía política no era suficiente para lograr entender, sin simplificarlos de forma unilateral, los procesos históricos y sociales, con todos sus componentes morales. Porque «la entera sociedad — escribe Thompson— abarca muchas actividades y relaciones (de podr, de conciencia, sexuales, culturales, normativas) que no son el objeto propio de la economía política, que han sido *definidas fuera* de la economía política y para las cuales esta disciplina no tiene términos con que designarlas». William Morris fue «enormemente más perceptivo» que Marx en ese orden de cosas. «Marx a menudo se equivocó, y a veces de maneras perjudiciales»: una de sus equivocaciones, y bien gravosa, fue negarse a «romper el silencio» sobre el universo de la moral, el ámbito de los valores, dificultando de esa forma la posibilidad de un conocimiento históri-

co integrador de las sociedades humanas. Sólo rompiendo tal silencio —como ha intentado hacerlo, por ejemplo, el propio Thompson— puede el materialismo histórico —«un materialismo histórico que pudiera reunir todas las actividades y relaciones dentro de una visión coherente»— acercarse efectivamente a su pretensión de ser «una historia total de la sociedad».

Ese ha sido el deseo de Thompson y de otros historiadores británicos de la misma filiación, y en semejante aspiración se cifra la posibilidad de distinguir, como hace aquél, entre el «marx-ismo», uno de los desarrollos posibles, y no el mejor, de las ideas de Marx, y «la tradición marxista abierta, exploratoria, autocrítica», con un «desarrollo enteramente distinto», cuya «presencia puede detectarse en todas las disciplinas». Tal es, en síntesis, la óptica nada acomodaticia de un historiador marxista que se dice interesado ante todo —y en ello, extensible al conjunto de los historiadores marxistas británicos, reside posiblemente su mayor atractivo historiográfico— por «hacer avanzar la historia y la comprensión de la historia, no la marxología»⁷⁷.

La perspectiva crítica adoptada y desarrollada por la corriente de los historiadores marxistas británicos ha proporcionado singulares instrumentos interpretativos a la historia social. El diálogo entre lo conceptual y lo empírico que han aplicado al estudio de los grupos sociales y de sus relaciones, procurando tener en cuenta, sin hipertrofiarlas, las dimensiones económicas, y adentrándose en el mundo de las mentalidades, ha contribuido a enriquecer, desde dentro de la tradición marxista, el panorama de la historia social. Tanto los que han seguido una trayectoria más «socioeconómica» —Hilton, Hobsbawm— como los que han optado por un camino más «sociocultural» —Hill, Thompson— han impulsado de modo atractivo, con sus reflexiones teóricas y con sus trabajos de investigación, el entendimiento histórico de las sociedades. Su aportación historiográfica ha sido importante, sobre todo, en lo que se refiere a la «people's history», a la «historia desde élites o clases dirigentes» y se vuelve hacia la consideración prioritaria de los grupos populares. Sus estudios de los obreros o de los campesinos se llevan a cabo «en el contexto de las relaciones y las confrontaciones de clases históricamente específicas, esto es, una historia desde la perspectiva de abajo arriba»⁷⁸.

Este tipo de aproximación muestra algunos rasgos dignos de mención: por ejemplo, el énfasis en la experiencia de clase, con sus ineludibles dimensiones políticas, y en las complejas y variables implicaciones culturales que la conciencia social de semejante experiencia lleva consi-

77. THOMPSON, E. P.: *Miseria de la teoría*, op. cit., pp. 21, 67, 78, 104-105, 118, 131, 172, 201, 251-253 y 257-264.

78. KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos*, op. cit., pp. 203 y 207.

go. O su llamada de atención acerca del exacto valor que cabe atribuir a las primitivas corrientes de revuelta o rebeldía que anteceden a los movimientos sociales organizados. O, en fin, su resuelta intención de reconocer la participación activa, no restringida a los sectores preeminentes de la sociedad, de los grupos populares en el proceso histórico, de hacer una historia con «sujeto», atenta a los comportamientos del factor humano.

Al estudiar la formación, en Inglaterra, de la clase obrera, Thompson quiere «rescatar» al tejedor, al tundidor o al artesano, con sus hostilidades retrógradas, sus ideales fantásticos o sus conspiraciones temerarias, porque, con todo, «sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia» y negarles la presencia y la palabra, condenando «sus propias vidas» en la interpretación histórica, no es sino una manera de perpetuar la condición de «víctimas» de quienes lo fueron, en su momento, de la dinámica social⁷⁹. «Hablamos —escribe Thompson— de hombres y mujeres, en su vida material, en sus determinadas relaciones, en su experiencia de las mismas y en la conciencia que tienen de esa experiencia»⁸⁰. Se conforma así una perspectiva histórica que, en sus finalidades y en sus preocupaciones, deja percibir, como ha indicado Kaye, ciertas proximidades —pese a sus diferencias— con la historia social vinculada a la escuela francesa de los *Annales* y, especialmente, a su estudio de las mentalidades⁸¹.

Conviene, no obstante, advertir algunos riesgos de la práctica de los historiadores marxistas británicos. Ante todo, el hecho de que su especial atención a las categorías marxistas, aun entendidas como expectativas o hipótesis, puede limitar las vías de acercamiento a la realidad histórica requeridas en cada caso. Por otra parte, la herencia del pensamiento marxista, incluso incorporada de forma crítica, propende a entender el cambio social en términos endógenos, reduciéndolo a la acción de los factores internos de la sociedad, con el peligro que ello supone de menospreciar el papel desempeñado en ocasiones por fuerzas exógenas, procedentes del exterior, tales como «la creación simbólica y la innovación institucional» a las que se ha referido, siguiendo a Raymond Boudon, Antonio Morales Moya⁸². Y, finalmente, la predilección que la tradición marxista manifiesta, pese a los correctivos a que ha sido sometida, por la causalidad y por la determinación, por la lógica de los procesos sociales, por encontrar cauces que lleven a ciertas generalizaciones, por matizadas o provisionales que se las considere, puede contribuir a dificultar el adecuado

79. THOMPSON, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, op. cit., t. I, p. 17.

80. THOMPSON, E. P.: *Miseria de la teoría*, op. cit., p. 158.

81. Véase KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos*, op. cit., pp. 203-206.

82. MORALES MOYA, A.: «Sobre la historiografía actual», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4, 1983, p. 207.

entendimiento y la debida vertebración en el razonamiento argumental de las expresiones más singulares y azarosas —las que peor encajan en esa óptica de la causalidad y la determinación, de la lógica y la generalidad— de los comportamientos históricos.

Con los aciertos y también con los riesgos que entraña, la corriente marxista británica traza, en suma, otro de los rumbos seguidos en los últimos tiempos por la historiografía de los hechos y procesos sociales. Y, junto a las orientaciones procedentes de la escuela francesa de los *Annales*, contribuye a dibujar un panorama representativo de las grandes tendencias —no aisladas entre sí, sino con influencias mutuas más o menos patentes— que se han adentrado de modo específico en el universo dinámico y complejo de la historia social, modelando así, en conjunto, una de las trayectorias más brillantes, ricas y sugestivas de la historiografía de nuestro siglo.

RESUMEN*

El estudio histórico de los hechos sociales ha conformado, en los últimos tiempos, un dominio amplio y plural. En él se han desarrollado diversas tendencias, entre las que destacan, por la importancia de sus resultados, las vinculadas a la escuela francesa de los *Annales* y a los historiadores marxistas británicos. La historia social relacionada con los *Annales* queda enmarcada en la concepción histórica integradora de la escuela, y abre numerosos y fecundos caminos para el entendimiento de las sociedades y de las mentalidades. La historia social practicada por el marxismo británico tiene en cuenta la tradición empírica de su país, y plantea ideas renovadas para la investigación de los grupos y movimientos sociales. Ambas ofrecen, con sus diferencias, modos de analizar e interpretar los hechos sociales que resultan valiosos y que ensanchan las posibilidades generales del conocimiento histórico.

ABSTRACT

The historical research of social facts has shaped a wide and plural field in the last decades. Different trends have been explained in this kind of research, with special interest for those linked to the French School of *Annales* and British marxist historians. The Social History, in relation with *Annales*, remains in the integrated historical idea of this

* Traducción de la autora.

School, and it opens varied and productive ways in order to understand societies and mentalities. In British marxist thought the Social History maintains its own empirical tradition and implants renewed ideas to research groups and social movements. In different ways, both of them offer very interesting methods to analyse and to interpret social facts and make wider possibilities in historical knowledge.